

LA INMIGRACIÓN EN ESPAÑA: EL IMAGINARIO, LA MEMORIA Y LAS MIGRACIONES

Montserrat ABUMALHAM
Universidad Complutense de Madrid

Cuando en 1993 se llevó a cabo un encuentro acerca de la nueva situación que planteaba a Europa, y a España en particular, la llegada de inmigrantes procedentes de países de mayorías musulmanas, el panorama era bien diferente del que se nos ofrece hoy¹.

En aquel momento podíamos hablar de dos tipos de musulmanes en España: Los visibles y los invisibles.

Los *visibles* se dividían en tres grupos que recibían un muy diverso tratamiento:

Los *conversos*, sobre todo aquellos que adquirían una forma de vestir peculiar, que no respondía a ningún tipo de vestimenta semejante a la usada en los países musulmanes y que, además por su aspecto ‘exótico’, sorprendían a sus vecinos por la novedad.

Los *árabes* procedentes de países productores de petróleo, que habían adquirido fabulosas residencias en España y cuya presencia había saneado la economía de algunos pueblos del sur de la Península, eran bien aceptados; sus movimientos y fiestas eran objeto de los comentarios positivos de la prensa de sociedad.

Los *moros* procedentes de países del Magreb, inmigrantes económicos que no eran muy bien recibidos, pues en aquel tiempo aparecían como mano de obra barata que restaba puestos de trabajo a los nacionales, en unos momentos de crisis de desempleo.

Los *invisibles*, por su parte, eran con frecuencia profesionales que habían venido a estudiar sus carreras universitarias en España, habían formado aquí sus familias y estaban totalmente asimilados. Sólo propiciaban algún gesto de estupor cuando, tomados por españoles de nacimiento, pronunciaban sus nombres o se confesaban musulmanes.

¹ M. Abumalham (coord.), *Comunidades musulmanas en Europa*, Madrid, 1995.

Algún tiempo después, al crecer el fenómeno de la inmigración, empezó a producirse un desplazamiento que, por una parte, suponía una mejora en el conocimiento de los musulmanes, pero, por otra parte, dio lugar a que una especie de nuevo conflicto se instalara.

En algunos enfrentamientos producidos en diversas localidades españolas entre inmigrantes y autóctonos, se empezó a acuñar un nuevo modo de denominación, posiblemente reflejo de otro tipo de conflicto subyacente. Por ejemplo, se consideraba que los ‘negros’ eran mejores que los musulmanes. Sin advertir, quien así se manifestaba, que muchos subsaharianos eran también musulmanes.

El término musulmán empezó a aplicarse de manera un tanto aleatoria, como una especie de tratamiento de respeto en contextos totalmente absurdos. Por ejemplo, cuando se hablaba de los enfrentamientos de pescadores de Tarifa con pescadores ‘musulmanes’. El conflicto, en cualquier caso, se daba con pescadores marroquíes.

Desde el terrible atentado del 11S, el terrorismo islámico ha cobrado un protagonismo absoluto y la identificación musulmán/terrorista ha sido y aún es, al menos en el sentimiento popular, moneda común.

Por ello, trece años después de aquel 1993, no sólo merece la pena plantearse qué significa la presencia de inmigrantes y, desde luego, cuáles son los problemas que el acceso por vías de ilegalidad, la precariedad laboral, el agrupamiento familiar, el acceso a la educación, la sanidad y la vivienda plantean. Sin embargo, estas cuestiones han de quedar para otros más expertos en las diversas materias, en lo que a esta convocatoria se refiere.

Como persona fundamentalmente dedicada al estudio de la Literatura, mi ocupación es aquella que se centra en los productos de la imaginación (el *imaginario*) y la capacidad de simbolización de los seres humanos. Así mismo, puesto que en las construcciones literarias se puede observar la influencia de la realidad, su contemplación objetiva -y, desde luego, la aproximación subjetiva que a ella se hace-, la recreación de la misma, los medios por los que se accede a esa contemplación y su consecuente manipulación, estoy habituada a rastrear las señales que emite el inconsciente, tanto individual como colectivo, y que proporcionan una visión de lo real y de su transformación, al convertirse en materia literaria, tocada por la subjetividad y la estructura interna del pensamiento.

Mi interés, además, por la antropología literaria es evidente en muchos de mis análisis² y en ese sentido, tomaré el fenómeno de la migración;

² “Sueño y profecía: Simbología de un pasaje de Tawahin Bayrut de T.Y. Awwad”, *Miscelánea* 1993-94, Granada, pp.7-28 ; “Isma' ya-Rida: ¿relato 'escatológico' o 'arqueológico'?” Homenaje al Profesor José M^a Fórneas, Granada 1995, vol. I pp. 41-51; “Religión, mito y leyenda en autores del Mahyar”, en M. Abumalham, Mito, religión y superstición en Literatura árabe contemporánea, Cuadernos 'Ilu, Revista de Ciencias de las Religiones, nº 1, 1998, pp. 53-63; “Visible, invisible, vislumbrado”, en *Estética y religión. El discurso del cuerpo y los sentidos*, ed. A. Vega, J.A. Rodríguez Tous y R. Bouso. Barcelona, 1998, pp. 493-505; “Construcción simbólica de la identidad en el mundo árabe contemporáneo”, *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 5 (2000), pp. 7-23.

inmigración/emigración, como un elemento literario que refleja un modo de comprender la realidad, de sentirse en contacto con ella y que va acompañada de un modo narrativo peculiar.

En este sentido, se me ha de permitir que acuda no tanto a la observación de los movimientos migratorios como algo ajeno, algo en el 'afuera' de mí, sino y por razones evidentes, como algo que forma parte de la narración histórica, histórico-literaria, de mi propia experiencia. Me permito hacerlo así, porque de aquellos musulmanes y árabes invisibles de los que se podía hablar en 1993, hoy se da ya en España una segunda generación, nacida en suelo español. En este sentido, yo misma soy un ejemplo de esa segunda generación y al tener más edad, puedo permitirme una observación de mi propia experiencia y de la de generaciones posteriores.

Todos sabemos que existe una 'literatura' no escrita que se compone de los mitos y símbolos familiares, que contribuye a guardar la memoria del pasado, pero también a construir una memoria del presente y un modelo de futuro. Es decir, esa construcción literaria supone la selección de una serie de elementos tomados de la realidad que se ensamblan, se interrelacionan de modo aparentemente caprichoso, pero que cumplen sin duda, aunque sea inconscientemente, el papel modélico de una serie de experiencias humanas que apuntan a unos códigos de valores, a unos hábitos y costumbres, a unas creencias y modos de desenvolverse en la vida que prestan identidad, en este caso, a un grupo humano relativamente reducido como es una familia. Es decir, constituyen su expresión cultural³.

Como decía, este tipo de 'narraciones selectivas' se elaboran, se reelaboran en el seno de la familia, se transmiten de generación en generación y componen el modelo de ideales de un grupo, al tiempo que preservan la memoria de personas amadas.

Entre todos esos relatos, si se ha dado la experiencia de la emigración, suele hallarse uno, que remite a una especie de 'prueba iniciática', superada con éxito, y a los beneficios que se derivaron de ella para el grupo familiar. El héroe, antepasado más o menos lejano, que así desempeñó ese papel, se convierte en el modelo, adaptado a los tiempos, que sus descendientes deben adoptar.

En los relatos 'míticos' familiares, se dan modelos muy simples: Un padre, al que el hijo, en los primeros años escolares, le presenta su cartilla de notas, exclama cargado de razón: "Yo siempre fui el primero de la clase, ¿cómo es que tú me vienes con un aprobadillo en lengua?"

El relato puede complicarse con batallas, guerras, penurias, desplazamientos forzados, trabajos agrícolas o industriales, silencios prolongados, ausencias, etc. etc. Estos relatos, insisto, mantienen viva la memoria de la pertenencia y construyen un modelo que las generaciones presentes y futuras deben emular.

En este mundo literario privado, cobran especial importancia los traslados, las migraciones, las expatriaciones y los exilios. Aquel abuelo que marchó a otro lugar

³ Enrique Dusser, *Filosofía de la cultura y la liberación*, México, 2006, pp. 94-107.

y tuvo una vida feliz en lejanas tierras, regresando con gran fortuna y contribuyendo a hacer, de lo que había sido una familia humilde, uno de los puntales económicos y sociales de una sociedad dada.

Pero, no sólo eso. Una experiencia común, cuyos rastros más antiguos llegan a la prehistoria más remota, lo suponen migraciones obligadas por catástrofes naturales, por las actividades ganaderas, por las presiones de otros pueblos más agresivos o por un sinnúmero de posibilidades más.

Tanto es así, que muchos pueblos consideran un deber y un medio para alcanzar la madurez y la prosperidad que la acompaña, el llevar a cabo periplos más o menos largos por tierras desconocidas o consideradas peligrosas, pues ellas ponen a prueba la capacidad de los jóvenes de un grupo para relacionarse con un medio hostil, resolver dificultades, sobrevivir y retornar fortalecidos y convertidos en hombres de provecho para su pueblo.

Es lo que conocemos como ‘procesos iniciáticos’ o ‘ritos de paso’. Los siglos han decantado estas prácticas y, en sociedades relativamente modernas, se han institucionalizado estos rituales convirtiéndose en ‘rituales de peregrinación’, tomando así, además de su carácter didáctico y formativo, un valor trascendente⁴.

Esta experiencia suprema del exilio o el éxodo, vividos como un camino inexcusable hacia la maduración individual y colectiva, con su carga añadida de significado trascendente, formaba parte de la esencia de lo que podemos llamar el acceso a la ‘sabiduría’, en particular entre los árabes anteriores al Islam⁵. De calado tan profundo era este hábito, que el advenimiento del Islam lo sanciona y lo incorpora a sus prácticas obligadas.

De tal manera que en el Mundo árabe, caracterizado por una fuerte uniformidad cultural, independiente de la mayoritaria adscripción a una fe concreta, la práctica de los exilios y éxodos ha sido y es una práctica no sólo preceptiva, sino una práctica habitual. Pero, de ella y de la visión que de ella se tiene desde el espacio árabe se hablará en otro lugar y con mayor autoridad⁶.

De igual modo que esas expatriaciones contribuyen al desarrollo intelectual, anímico, psicológico y espiritual de los individuos, constituyen igualmente un hito que se repite y que contribuye a marcar un modelo que perdura en la memoria. Si a ello añadimos circunstancias sociales, políticas o económicas que impulsen a los individuos a expatriarse, no sólo se refuerza el hábito, sino que se introducen nuevos elementos.

Si la memoria es siempre selectiva, en el caso del exilio o la emigración, el expatriado tiende a magnificar su esfuerzo y sus logros consecuentes. Suele presentar un rostro de bienestar que no se corresponde muchas veces con la cantidad de energía empleada o ni siquiera con el volumen real de esos logros,

⁴ M. Abumalham, “La peregrinación” en *Islam: De religión de los árabes a religión universal*, ed. Trotta, Madrid, 2007, pp. 92-94.

⁵ J. Chelhod, *Les structures du sacré chez les arabes*, Paris, 1964; G. Ryckmans, *Les religions arabes préislamiques*, Louvain, 1951.

⁶ Véase el trabajo de Pedro Martínez Montávez.

evaluado en moneda corriente. Por otra parte, se genera un movimiento de esperanza y espíritu de emulación en quien recibe los relatos del viajero. La gesta le parece imponente, pero no se siente inferior, sino más bien superior y capaz de superar los riesgos que aquel otro arrojó con igual o mayor éxito. El relato pormenorizado de las penurias no suele funcionar como elemento disuasorio. Incluso quien una vez lo intentó sin éxito, volverá a intentarlo o permanecerá en esa situación de expatriado hasta conseguir unas metas que se había trazado y que es posible no se cumplan nunca, al menos no con la magnificencia con que se las había dibujado en su imaginación.

Hace algún tiempo, se difundió en Internet una fotografía del año 1949 que recogía la imagen de emigrantes procedentes de las Islas Canarias, ‘sin papeles’, apresados en Venezuela. Los rostros demacrados de aquellos hombres, en todo semejantes a los que vemos en los magrebíes y subsaharianos que arriban a nuestras costas tras una arriesgada travesía, no fueron, probablemente, un impedimento para que otros muchos intentaran un viaje semejante. No podemos esperar, consecuentemente, que las imágenes de los ahora recién llegados, tras afrontar serias penurias y arriesgar la vida en frágiles embarcaciones, disuadan a sus compatriotas de un intento muy similar. No deben sorprender tampoco las declaraciones de los actuales repatriados forzosos que atestiguan que dejarán la vida en el intento, pero no renunciarán a probar fortuna como emigrantes una y otra vez.

Pues a esa memoria selectiva de quienes han emigrado, hay que sumar la expectativa creada en los que se quedan y su percepción. En la propia ‘mitología familiar’ que me puedo permitir usar, corrían relatos que, por una parte, mostraban cómo quienes se quedaban esperaban recibir los beneficios que les reportaría la fortuna alcanzada en el exilio por su pariente emigrante, y que, por otra, revelaban que, puesto que se ‘quedaban en tierra’, se sentían de alguna manera guardianes de los restos de bienes dejados atrás por el expatriado y, en su ausencia, como beneficiarios también de los mismos.

De este modo, al expatriado no le quedaba otra alternativa sino triunfar en su destino extranjero, pues su familia esperaba ‘todo’ de él. Pero, tampoco podía regresar, incluso si había triunfado, esperando que su espacio hubiera sido respetado. Si no tenía éxito en el exilio, no podía pretender recuperar sus pocos bienes en la patria de origen, porque ‘los guardianes’, que tanto los habían cuidado en su ausencia, tenían ya el derecho de disfrutarlos. Si, por otra parte, había tenido éxito, ¿para qué necesitaba el retorno y, con él, despojar a sus parientes del ‘terreno guardado’?

Una experiencia como esta no es privativa de un grupo familiar ni de un lugar preciso, es una experiencia común que se refleja en muchas biografías y memorias, una de ellas, por poner un ejemplo, aunque sea del mismo entorno, es la de Amin Maaluf⁷.

⁷ *Orígenes*, (trad. de María Teresa Gallego Urrutia), Madrid, 2004.

Esta realidad convierte al expatriado en alguien condenado a vivir en el lugar de recibo y a visitar su patria sólo si tiene la suficiente fortuna como para sostener a toda su familia y no ser gravoso. Si se asienta en el lugar de recibo y forma una familia, sus hijos ya no se sentirán sino parcialmente pertenecientes al lugar de origen de su padre. Notarán con mayor clarividencia y objetividad las diferencias y se sentirán más ligados a una tierra en la que han nacido y donde se consideran identificados con los usos y modos de vida.

En este caso, interviene otro factor importante que tiene que ver también con la memoria y el imaginario. El expatriado tiende a magnificar e idealizar las imágenes que conserva de su lugar de origen. Son para él el paraíso que se vio forzado a abandonar y adonde no puede regresar. De esta visión, son ejemplos señalados muchos poemas de autores como Iliyya Abu-Madi o cuentos de Mija'il Nayma⁸. Así, el emigrante transmite a sus hijos una visión edénica de aquel mundo, que los hijos, por su parte, perciben como muy diferente y decepcionante cuando llegan a conocerlo, lo que sin duda ahonda el abismo generacional.

Estos descendientes, aunque conservan parte de la visión nostálgica y poética que sus progenitores les ofrecen de su tierra de origen, no cabe duda de que viven en un mundo diferente y si además se da una cierta proximidad cultural, proximidad lingüística o alguna otra forma de afinidad con el lugar de recibo, se sienten fácilmente identificados con el entorno del lugar de emigración.

No obstante, a pesar de esta fácil inculturación, sea por la vía de la total asimilación o por integración, es muy posible que alguien les muestre su diferencia y, en ese caso, pueden llegar a sentirse como 'alguien fuera de lugar'. De esta experiencia hace una descripción lúcida, dolorosa y cargada de perplejidad Edward Said en el libro que lleva ese mismo título *Fuera de lugar*⁹.

Con estas reflexiones y las citas de algunos ejemplos literarios pretendo mostrar que la interferencia del 'imaginario' en los fenómenos migratorios y sus consecuencias son dignas de ser tomadas en consideración.

Si la historia personal, familiar y de los que quedan en el lugar de origen tiene su importancia, así como el significado que la expatriación puede llegar a tener en una determinada cultura, la Historia, con mayúsculas, de los lugares de origen y sus relaciones con los de recibo también juega un papel importante.

Sin embargo, la Historia científica no es tanto la que tiene un peso específico en estos asuntos, sino aquella otra lectura histórica que hunde sus raíces en las visiones nacionalistas y coyunturales, influidas por modas, ideologías, intereses concretos y temporales, etc, pues, a partir de ella se construyen identidades que, en ocasiones, son asumidas como reales y propias¹⁰.

⁸ Mijail Nuayma, *Érase una vez...*, (Antología de Relatos breves) (trad. M. Abumalham), Sabadell, 1989.

⁹ Edward W. Said, *Fuera de lugar. Memorias*, Barcelona, 2001.

¹⁰ Amartya Sen, *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Buenos Aires, 2007.

Muchos son los factores que intervienen en la composición mental que los individuos se hacen de su Historia nacional y de ella en relación con la de otros países o estados. Todos somos conscientes de las lecturas triunfalistas que de la historia de España se hacían en los años de nuestra infancia y adolescencia, me refiero a los de la mía concretamente.

En los años cincuenta y sesenta del siglo XX, la lectura de la Historia de España presentaba una sucesión de actos heroicos que se iniciaban con Viriato, pasaban por el Cid Campeador, los Reyes Católicos, la Guerra de la Independencia y desembocaban en la gloriosa Cruzada del Caudillo. Este fenómeno de la reescritura histórica no es un invento nuevo ni exclusivo de determinados regímenes políticos, aunque los hay más y menos proclives.

Pero hay una realidad reciente y evidente que produce una reacción bastante homogénea en los expatriados o en los que se plantean la emigración. Casi todas las naciones de mayorías musulmanas que son hoy exportadoras de emigrantes fueron, no hace demasiado tiempo, colonias de diversas naciones europeas. Este hecho supone, por una parte, una magnificación de la lucha nacionalista por lograr la independencia, y por otra parte, un fuerte sentimiento de abandono por parte de los colonizados hacia la nación mandataria y, además, una especie de sensación de ‘deuda no pagada’.

Más aún, ese periodo colonial que tanto marcó las diferencias entre ‘naciones avanzadas’ y ‘naciones atrasadas’, propició y propicia un sentimiento reivindicativo de épocas, cuya lectura es casi mítica, en las que los papeles protagonistas estaban invertidos.

Así mismo, en la nación de recibo –en nuestro caso España, por su pasado peculiar- hemos asistido a toda clase de lecturas edulcoradas y tergiversadoras que presentan a este país como un lugar de perfecta convivencia, tolerancia, elevación cultural y toda clase de bondades, que explica por qué también los habitantes del país sienten una especie de extrañeza hacia los inmigrantes que no se mimetizan con el nuevo medio. Pues, si en el pasado la relación era de total identidad y armonía, ¿por qué ahora pretenden ser diferentes? ¿por qué a hora aparecen como diferentes?

La Historia reciente, de más desencuentros que encuentros, también afecta al ‘imaginario’. Los estereotipos que se crean de manera interesada, aunque respondan a hechos de mucha gravedad, siguen siendo estereotipos que no reflejan la complejidad de un fenómeno que afecta a los emigrantes y a los receptores. Muchas de las actitudes, en esos casos, son meramente reactivas. Obedecen al recelo, al miedo o cuando menos a la desconfianza, por una parte, y por la otra, a un deseo de ser tratados con respeto, incluso con deferencia o, al menos, de modo aceptable, no tanto con el argumento del respeto debido a su propio valer o al de todo ser humano, sino a una especie de ‘respeto histórico’, pues en el pasado los árabes, los musulmanes, fueron un gran Imperio.

Estas reacciones, sobre todo en los inmigrantes, producen una actitud constante a la defensiva, viendo en cualquier acción o palabra una agresión a su identidad, a

sus hábitos, a su cultura, a sus manifestaciones, etc. Es decir, inmediatamente, se arguye con la intolerancia, la xenofobia o la discriminación por parte de los receptores.

Es frecuente el testimonio de docentes que, cuando llaman a la disciplina a un alumno inmigrante, éste se niegue a cumplir con las normas que todos han de cumplir, por inocuas que sean, y argumente que se le reprende o se le recrimina su actitud de pura falta de urbanidad porque es extranjero, y acuse a sus profesores de racistas.

Se crea así un clima que responde a un sentimiento de diferencia -procedente de alguno de los aspectos que se han descrito y que afectan al 'imaginario'- que, en otro tiempo y en otro lugar, se produjo por una explotación o por un trato discriminatorio al que el sujeto actual es totalmente ajeno, pero forma parte de 'su peculiar historia oficial'.

Grupos de influencia social, determinadas ideologías o grupos de presión económica fomentan este tipo de reacciones para justificar sus intereses y acusan a los inmigrantes que no se adaptan, que no se mimetizan, de jugar el juego de las víctimas para hacerlos sentir permanentemente en deuda. Ante ello, sacan a relucir sus valores, el desarrollo de la sociedad de recibo, la superioridad moral de las leyes o las costumbres, la larga trayectoria intelectual y racionalista, etc. del país de recibo.

Con estos planteamientos, los receptores también están construyendo su propia narración mítica, que responde a unos clichés largamente acuñados y arrojados como armas al rostro de aquellos que no se someten por las buenas a sus intereses. La labor científica de análisis de los fenómenos con frecuencia se ve contaminada por este tipo de planteamientos, que constituyen modas y facilitan la presencia de quienes los defienden en los foros más sobresalientes.

Un tercer aspecto debe ser también tomado en consideración, además de las historias míticas familiares o la historia oficial mitificada colectivamente. Es la visión religiosa y el conjunto de elementos simbólicos que comporta y que interactúan con los sistemas simbólicos culturales. Sobre este aspecto también se compone toda una literatura personal y colectiva que cultiva, especialmente, los géneros apologéticos y hagiográficos, desplazando su contenido hacia lo cultural y lo ideológico.

El occidente, a pesar de las posiciones laicistas a ultranza, se entiende a sí mismo como heredero de la tradición cristiana, que algunos denominan de manera poco apropiada judeo-cristiana, mientras que el mundo árabe, por su parte, se entiende a sí mismo como perteneciente al islam, como si se tratase de una tradición religiosa totalmente ajena y diferente al mundo judío o cristiano, totalmente homogénea, pese también a la existencia de numerosas divisiones internas, y a la presencia de muy diversas iglesias cristianas, en particular en el Oriente Medio.

Pareciera que este es un terreno poco proclive a los relatos míticos y, sin embargo, no es así. Hasta hace relativamente poco tiempo –aún ocurre, pero en

menor medida-, era frecuente que los españoles se sorprendieran de hallarse frente a un árabe cristiano. Tras una breve reflexión y algunos razonamientos, debían admitir que la cuna del cristianismo se halla en un lugar del Medio Oriente y que, en absoluto, era una religión nacida en ‘la cristiana Europa’.

Por otra parte, los musulmanes no entienden con frecuencia que un español no sea en absoluto religioso y que, aunque se tome las vacaciones de Navidad, de Semana Santa o no trabaje los domingos, eso no significa que esté practicando una festividad religiosa¹¹. Del mismo modo, muchos españoles, que han olvidado ‘el obligado cumplimiento de los preceptos religiosos’ de no hacer tantos años, siguen mayoritariamente contrayendo matrimonio canónico o bautizando a sus hijos, aunque sea como un acto social, pero les parece algo del pasado el cumplimiento del ayuno de *ramadán* o una exageración que haya que rezar cinco veces al día.

A unos y otros, sobre todo a niveles populares, por otra parte, si se les pregunta acerca del conocimiento que tienen de la religión a cuya tradición pertenecen, no distinguen entre lo que son hábitos culturales o sociales y preceptos religiosos. De manera que han hecho de su propia tradición una lectura ‘mítica’ y, en unos casos, argumentan que la religión cristiana ha evolucionado mucho, que es una cuestión privada o de curas, que no tiene ninguna presencia en sus vidas, mientras que muchos musulmanes los ven como creyentes.

Así, por ejemplo, se establecen paralelismos chocantes, pues mientras unos ven actitudes religiosas en el hecho de comer determinados platos en determinadas épocas del año, otros han olvidado el origen religioso de esos hábitos y no se sienten identificados con ellos, aunque los sigan practicando. Por el contrario, algunos creen que comer o no comer determinadas cosas en determinadas épocas es precisamente parte de las semejanzas que unen a los creyentes.

La no distinción entre lo religioso y lo profano y las interpretaciones que de los dos espacios se hacen son, sin embargo, lo que verdaderamente une a unos y otros que no distinguen lo que es una práctica tradicional, convertida en costumbre y cuyo sentido profundo se ha perdido, de lo que es un acto religioso. Ello, no obstante y acentuadamente en el caso de los inmigrantes, hace que se magnifique la propia fe, frente a la de los del país de recibo, más como una señal de identidad cultural que como tal práctica religiosa.

Si se me permite regresar a mi propia mitología familiar, debo recordar que el viejo sistema de ‘bulas’ por las que se podía comer carne en Cuaresma en España, hace algunos años, a mi padre, cristiano de Oriente, le parecía una aberración, ya que el ayuno y la abstinencia cuaresmales, en las iglesias de Oriente, son un asunto serio y observado por los creyentes y practicantes de manera estricta, e incluso por aquellos no muy practicantes, pero que, por convención social, al menos no hacen ostentación en público de no respetar el ayuno o la abstinencia. Algo muy parecido sucedía con el ya desaparecido ‘Sábado de Gloria’.

¹¹ M. Abumalham, *Simbolismo y migraciones en el Mundo Árabe*, en Elio Masferrer Khan *et alii* (eds.), *Islam y la nueva Jihad*, México D.F., 2002, pp. 17-29.

De manera que el aspecto religioso comporta también sus mitos y tiene lecturas peculiares, incluso dentro de la misma confesión religiosa, cuanto más no se dará entre confesiones diferentes que, además, han sido presentadas, durante siglos, como antagónicas y excluyentes. En este sentido, también la mitificación de la historia oficial aporta sus datos. A título anecdótico, no hace muchos días, una persona me decía que la invasión árabe de España había sido algo terrible, pues había acabado con los visigodos que eran cristianos y garantes de la cultura europea. Cuando le dije que los visigodos eran mayoritariamente arrianos, es decir herejes, que eran también invasores como antes lo habían sido los romanos y que no existía en aquel momento algo que se pudiera llamar cultura europea y que los visigodos, entre otros, eran los herederos de los célebres bárbaros que habían derribado al Imperio romano, pareció bastante perpleja y creo que, en su fuero interno, pensó ¿y esta señora es universitaria?

Si los análisis de las migraciones no contemplan estos factores y se quedan en la superficie cuantitativa, en la Historia ‘oficial’, en las reacciones inmediatas, fallarán en su propósito de dar a la emigración el trato justo que le corresponde. Un examen del lenguaje de la emigración, un retorno a la verdadera memoria de las épocas en que los emigrantes eran aquellos que hoy reciben la emigración, un repaso a la historia individual y colectiva, considerando la historia o historias ‘míticas’, un examen pormenorizado de las imágenes reales o imaginarias, un buen conocimiento de la cultura y de la religión propia y ajena y sus desarrollos populares, todo ello puede aportar alguna luz sobre esta novela inconclusa que se produce, sin duda, por un reparto desigual de los papeles que individuos y naciones juegan en el mundo.

Ese diferente papel, que tiene mucho que ver con la justicia distributiva o, más bien, con las evidentes injusticia y desigualdad, obliga a quienes se hallan en una posición más favorable a ser conscientes de su responsabilidad, a pasar por alto ‘las historias míticas’ de uno y otro lado, sin ignorarlas, y a establecer mecanismos para instaurar una mayor justicia, sin por ello ser acusados de estar influidos por el *victimismo* o por cualquier otro ‘síndrome’.

Pero, no se puede creer tampoco en el ‘mito’ de que una reforma de la legislación, sea permisiva o restrictiva, haga cambiar automáticamente la relación entre inmigrantes y receptores. Las soluciones deben pasar por un trabajo interdisciplinar, no movido por la urgencia de los acontecimientos y que contemple estos aspectos de las imágenes míticas de uno y otro de los actores.

Esta aportación es, pues y simplemente, una propuesta que pretende recoger ese lado de la memoria particular, de las elaboraciones individuales y colectivas, espontáneas e inducidas, como materia que se ha de sopesar a la hora de hallar respuestas al complejo problema de las migraciones actuales.